

2ª semana de Cuaresma. Martes: Mt 23, 1-12

Varias veces durante el año la Iglesia nos presenta palabras de Jesús en que nos habla sobre cómo le molestaba la manera de ser de los fariseos que, aun a pesar de cumplir externamente la ley, por dentro son falsos y con su soberbia no agradan a Dios. En Cuaresma es normal que se nos exponga esta idea principal: que para acercarnos a Dios con sincero corazón, debemos ser humildes, reconocer que Dios es nuestro verdadero Padre, y que el servir a los demás debe ser nuestra mayor gloria.

A Jesús le molestaba grandemente la hipocresía o el querer aparentar lo que uno no es. Así es en realidad quien actúa con espíritu terrenal. A la mayoría nos gusta sobresalir, aparecer, ser estimados más que otros, aunque ciertamente no seamos mejores que los otros. Pero el cristianismo no es eso. No somos actores sino hijos de Dios. A veces hacemos cosas buenas, y hasta por eso bueno que hemos hecho nos gusta que nos estimen. Qué difícil es trabajar por alguien, viendo que no nos lo estima. Pero si hacemos algo bueno y nadie nos lo agradece, mayor mérito tendremos para toda la eternidad. Así que lo importante es trabajar por la gloria de Dios.

Dice Jesús que los escribas y fariseos “estaban sentados en la cátedra de Moisés”. Así llamaban el lugar desde donde se enseñaba en la sinagoga. Moisés había sido el gran legislador; pero ahora los escribas habían acaparado esta función de legislar. Ellos tenían dos cosas muy malas: Una era que no miraban hacer el bien al pueblo, sino más bien a dominarlo. Y para ello ponían muchas leyes que nada más eran cargas pesadas. La otra era que esas cargas las ponían para los otros, pero ellos nada de nada. Es decir, que hablaban mucho, pero no lo cumplían. Por eso les dice Jesús a la gente sencilla esta norma: es bueno cumplir lo que dicen, pero no deben hacer lo que hacen, porque ellos no lo cumplen. Lo importante en la educación es el ejemplo.

Hay grandes enseñanzas para nosotros. Primero, porque con facilidad “sentamos cátedra”. Es decir que en nuestros diálogos o enseñanzas estamos persuadidos de que nuestra razón es lo máximo. Y casi ni escuchamos a los demás, porque creemos que siempre tenemos la razón. Esto pasa en política y en religión y en muchas cosas. Lo malo es que por nuestro orgullo identificamos nuestro pensar con la voluntad de Dios. Y luego, quizá no hacemos lo que decimos, no predicamos con el ejemplo.

Cuando dice Jesús: “No llaméis a nadie maestro o padre”, no quiere decir que al padre no se le llame padre o al maestro, maestro, aunque se le puede llamar educador, sino que en la lengua oriental quiere decir que nadie es verdaderamente maestro o nadie es verdaderamente padre como lo es Dios. “Padre” se daba, como título, a los rabinos y miembros del Gran Consejo. De hecho padre significa transmisor de la tradición y modelo de vida. Y el único que lo es con verdad es Dios. Esta es quizá la principal enseñanza de Jesús: que Dios es nuestro Padre: el que nos da la vida, y la da con infinito amor para que nos comportemos como hijos.

Maestro y jefe o guía también es Dios, que nos manifiesta su voluntad. Pero Dios mismo, en la segunda persona de la Santísima Trinidad, quiso hacerse hombre para salvarnos, pero también para ser el maestro y señalarnos el camino por donde tenemos que seguir. Por lo tanto nuestra salvación será escucharle y seguir su ejemplo.

Termina el evangelio señalándonos un camino seguro de salvación: la humildad. Es lo contrario de lo que nos ha dicho que hacen los fariseos; pero ahora nos dice la parte positiva de la humildad que es el servicio a los demás. Si Dios es nuestro Padre y por lo tanto todos somos hermanos, no tenemos por qué estar por encima de los demás. Debemos evitar el deseo o la pretensión de dominar a los demás, el instinto de superioridad. No es que tengamos que buscar humillaciones, ya que suelen venir con frecuencia. Ser humildes es aceptar las humillaciones con paz y hasta con alegría para obtener así la alegría del abrazo eterno de Dios.

